



## CAPÍTULO XVIII

De los estados de oración de la venerable Madre de Chantal.  
San Francisco de Sales compone para la Santa y todas sus  
hijas el tratado del «Amor de Dios.»

**N**os es preciso detenernos aquí un instante para conocer mejor el estado de oración de la venerable Madre de Chantal. Ya habrán comprendido algo nuestros lectores en el curso de esta historia, en la cual han visto á nuestra Santa subir uno á uno por todos los grados elementales de la oración; con qué humildad por parte suya y con qué prudencia por la de su Santo director; ahora la veremos subir por los grados más sublimes, y siempre con la misma humildad, y ayudada con igual sabiduría, llegar, en fin, á la oración de quietud, que fué su oración constante durante toda su vida religiosa. Si algunos de nuestros lectores no están familiarizados con este orden de ideas, pueden sin inconveniente pasar este capítulo sin leerle, porque en el siguiente encontrarán el enlace de los hechos; á los demás les suplicamos nos presten toda su atención, pues vamos á tratar de las más delicadas operaciones de la gracia, de las relaciones más íntimas y divinas entre el Criador y la criatura. Tendremos, por lo demás, un buen guía, Bossuet, el cual alumbrará por sí mismo el camino, y disipará con la claridad de su ciencia, de su ingenio y buen sentido, lo que las

palabras de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal, tan preciosas, no obstante, puedan tener de difícil y obscuro (1).

Escuchemos primero á la Madre de Chantal, que describe por sí misma, con la mayor exactitud, el género de oración á que se sintió inclinada en 1609, y á cuya perfección llegó, por decirlo así, desde 1615 á 1617. Escribe á San Francisco de Sales la preciosa carta que vamos á citar, y que es menester leer con cuidado. Es una de las cinco ó seis que pudieron escapar del fuego, al cual las había condenado la humildad de la Santa.

«Tengo muchas cosas que deciros, mi único Padre; pero no sé dónde están: tan abrumado está mi pobre espíritu, y tan distraído con tantos cuidados. Ya no me siento con aquel abandono y dulce confianza que tenía en otro tiempo en la oración, y ni aun podría hacer ninguno de esos actos; me parece, no obstante, que estas virtudes son más sólidas y firmes que nunca. Mi espíritu, en su más fina punta, es una muy simple unidad; y no se une, porque cuando quiere hacer actos de unión, en ciertas ocasiones, siente el esfuerzo y ve claramente que no se puede unir, sino quedar unido, y el alma no querría ni moverse de aquí. No piensa ni hace cosa ninguna; no tiene sino como un deseo íntimo, que nace casi imperceptiblemente de que Dios haga de ella, y de todas las criaturas, cuanto le agrada. No quisiera hacer más que esto en el ejercicio de la mañana, en la santa Misa, en la preparación para la Comunión y en la acción de gracias por todos los beneficios; en fin, en todas las cosas querría únicamente permanecer

(1) Se sabe que Bossuet, en su hermoso libro de los *Estados de oración*, trató especialmente de la oración de la Madre de Chantal. Lo hizo, sin duda, desde un punto de vista que no es el nuestro, y con un fin de controversia de que no tenemos aquí necesidad. Sin embargo, encontraremos en él un hilo conductor y mil preciosas indicaciones.

en esta sencillísima unidad de espíritu con Dios, sin extender su vista á otras cosas, y en ella decir alguna vez vocalmente el *Padrenuestro* por todo el mundo, por los particulares y por sí misma, sin volver, no obstante, su vista, ni mirar por qué ni por quién ruega; frecuentemente, según las ocasiones y la necesidad, ó el afecto, el cual se presenta sin buscarle, derrámase el alma en esta unidad. Bien veo que esto basta para todo; sin embargo, mi amado y único Padre, muy á menudo me asaltan temores, y me esfuerzo (lo cual me cuesta mucho) en hacer actos de unión, de adoración, ejercicio de la mañana, de la santa Misa y acción de gracias. Si hago mal en esto, os ruego me lo digáis; y si esta sencilla unidad basta y puede satisfacer á Dios por todos los actos que acabo de decir, y á los que estamos obligados, y si será suficiente también, en el tiempo de sequedad, cuando el alma no tiene ni la vista ni el sentimiento de aquélla, sino casi en la extremidad de su finísima punta. No deseo que me deis una larga respuesta, porque con una docena de palabras podéis decirmelo todo, y repitiendo mi pregunta, si la aprobáis, y asegurándome que esta sencilla unidad basta por todas las cosas, seré, Dios mediante, fiel en no hacer más actos (1).»

Aquí se ve claramente la clase de oración de la Madre de Chantal. Poniéndose el alma en la presencia de Dios, se siente de repente embargada y como fuera de sí misma, por el pensamiento de esta Majestad infinita, quedando allí presa, atada y pegada, por decirlo así. En este estado se une el alma tan estrechamente con Dios, que no tiene conciencia exacta de sus propias operaciones; se olvida de sí misma, desecha toda clase de discursos y raciocinios, que para nada necesita, y siente que todas sus potencias se concentran en una simple vista; pero tan profunda, tan unitiva, que algunas veces

(1) *Cartas de la Madre de Chantal*. Primera, á San Francisco de Sales.

le parece va á perderse en Dios. En este estado se quedaría horas enteras, sin palabras, pensamientos, ni casi sentimientos expresos, sin saber dónde se encuentra, pero sintiendo que se encuentra muy bien, y comprendiendo por no sé qué paz, que nada puede turbar, que Dios penetra todo su ser. En otras ocasiones hará los actos de fe, de adoración, de unión, de acción de gracias que se hacen generalmente en la oración; pero en ésta, ni quiere ni puede hacerlos; siente que esto la fatigaría, y si se esfuerza, se turba. Todo se simplifica en ella; todo se concentra en esta sola mirada, en esta clase de unión tan profunda y tan sencilla, en que está como abismada en Dios. Esto es lo que se llama oración de simple mirada, de simple entrega de Dios, á reposo, de quietud, porque todos estos nombres señalan los diferentes grados de un mismo estado. Y esto es lo que de un modo general se llama *oración pasiva*; porque lo que caracteriza este estado es una como suspensión de las potencias del alma, una imposibilidad moral de hacer otros actos que no sean esta simple mirada de que acabamos de hablar. Detengámonos con Bossuet en esta palabra *oración pasiva*, para conjurar á las gentes del mundo que se aventuren á leer este capítulo, á no tratar de visiones y sueños estos estados de oración. ¿Acaso dudan que Dios, tan admirable en todas sus obras, y más admirable aún en sus Santos, no tiene medios particulares, desconocidos del mundo, de comunicarse á sus amigos, tenerles bajo su mano, y hacerles sentir su dulce soberanía? Que teman, pues, precipitando su juicio, el incurrir en la justa reprehensión que hace el Apóstol San Judas á los que blasfeman de lo que ignoran; y para contenerlos en el respeto que se debe á los caminos de Dios, les diré—continúa este grande hombre—que esta oración pasiva de la Madre de Chantal fué examinada, no sólo por San Francisco de Sales, Obispo de tan grande autoridad por su sabia doctrina como por su santa

vida, y que era en esta materia, y sin disputa, el primer hombre de su siglo, sino también por las personas más ilustradas de su tiempo; lo que hizo decir á este Santo Obispo, hablando á la Madre de Chantal: «Vuestra oración de simple entrega á Dios, es sumamente buena y saludable; es menester no dudarle nunca, porque ha sido muy examinada, y siempre han concluido todos asegurándoos que Nuestro Señor os quiere en este modo de oración (1).»

Con la carta que acabamos de leer es preciso unir otro documento más importante aún, para tener una idea completa del género de oración de la Madre de Chantal, porque entrando en más detalles, da también más luz sobre estos admirados caminos.

Apenas empezó la Madre de Chantal á verse elevada á esta clase de oración, cuando sintió repugnancia y dificultades, nacidas de su carácter vehemente y de la novedad de estos caminos. Todo se volvía para nuestra Santa cuestión, problema é inquietud; y, como un viajero que anda por un camino que no conoce, no daba el más pequeño paso sin temor de engañarse. Mil y mil cuestiones turbaban su alma, y, para remediar este daño, se decidió á ponerlas por escrito y dirigirlas á su Santo director, rogándole las examinase y se las resolviese. San Francisco de Sales se las devolvió con una palabrita de explicación al margen. Véase, pues, este precioso escrito, tal como se encontró entre los papeles de la Santa. Pesemos las preguntas y las respuestas. San Francisco de Sales y la santa Madre de Chantal, aunque con diferente estilo, tienen el don de precisar sus palabras y explicarse con claridad (2).»

(1) *Estados de oración*, lib. VIII, cap. XVII.

(2) El Ilmo. Sr. de Maupas insertó en su *Historia de Santa Juana Francisca de Chantal*, p. II, cap. VII, estas preguntas y respuestas, pero arregladas, según la costumbre, demasiado general, de su época. Nosotros establecemos el texto auténtico, conforme á un manuscrito, cuya copia debemos á la benévola amistad del Rdo. P. D. Pitra.



EN EL NOMBRE DE JESÚS Y DE MARIA

---

PREGUNTAS

hechas á nuestro bienaventurado Padre por su querida Hija.

---

LA HIJA

**P**RIMERAMENTE debes preguntar á tu querido Señor si le parecerá bien que todos los años renueves en sus manos, para volverlos á confirmar, tus votos, tu abandono general, y la total entrega de ti misma en la mano de Dios. Que especifique particularmente lo que más te conviene hacer, para que este abandono sea perfecto y sin excepción, de suerte que puedas decir verdaderamente: «Vivo, mas yo no, sino Jesucristo vive en mí.» Que para llegar á este fin nada te perdone tu querido Señor, ni te permita hacer ninguna reserva, pequeña ni grande; que te señale los ejercicios y prácticas diarias necesarias al efecto, á fin de que el abandono sea real y verdaderamente perfecto.»

RESPUESTA DE NUESTRO BIENAVENTURADO PADRE

«Respondo en el nombre de Nuestro Señor y de su Santísima Madre, que será bueno, mi querida Hija, que todos los años renovéis y confirméis el perfecto aban-